

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Florencia Marcote

Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires // Estudiante de grado
Ciencias de la Comunicación.

florenmarcote@gmail.com

Eje 3. Protesta, conflicto y cambio social.

**Empresas autogestionadas: re-significación de las representaciones sobre el
trabajo**

Palabras clave: Representaciones sociales; Trabajo; Discursividad.

Introducción

Las empresas recuperadas son un fenómeno que emergió en Argentina a fines de la década del '90 en un contexto de desocupación masiva, en el que los ex empleados se organizaron para defender su fuente laboral de forma autogestionada. El presente trabajo forma parte de una investigación en curso que se propone indagar cómo confluyen las prácticas comunicacionales y las experiencias laborales previas de los trabajadores de empresas recuperadas en la resignificación de las representaciones sociales sobre el trabajo, una década después del inicio del proceso de recuperación. Se pone el foco en el carácter dinámico de las representaciones y las re-significaciones que éstas sufren para el sostenimiento del proyecto empresarial: durante la transformación de la empresa tradicional a la autogestión en los comienzos y en el contexto de recuperación del mercado de trabajo una década después.

La hipótesis general de este trabajo propone que las prácticas comunicacionales que realizan los trabajadores en el proceso de recuperación de empresas en el AMBA, y sus experiencias laborales previas, convergen generando diversas variaciones en las

representaciones sociales sobre el trabajo. Este proceso ocurre en un contexto de recuperación del mercado laboral.

A partir de los discursos de los trabajadores de empresas recuperadas, también concebidos como prácticas comunicacionales, podremos desentrañar los sentidos que construyen en torno a sus experiencias laborales, en conexión con diferentes contextos socio-históricos. Intentaremos leer en sus discursos las huellas de esas representaciones sociales que reproducen y re-significan. Entendemos que esas representaciones serán producto de un complejo entramado, que no se puede pensar por fuera de las prácticas de comunicación que les dan forma y substancia. Las prácticas comunicacionales se encuentran atravesadas por estructuras y convenciones sociales. No se trata de un proceso meramente subjetivo sino que está contextualizado y condicionado por los esquemas culturales en que se insertan los actores de la construcción de sentido (Ford, 2002). Quien recibe un mensaje lo elabora, contextualiza y resignifica.

Por otra parte, no es posible pensar al hombre, y por lo tanto lo social, por fuera de la cultura que lo atraviesa, que produce y reproduce. Nos situamos en una concepción semiótica de la cultura que otorga especial relevancia “a las interpretaciones que hacen de su experiencia personas pertenecientes a un grupo particular” (Geertz, 1992: 28). Por consiguiente, los hechos sociales se interpretan a partir de estructuras significativas que se encuentran en el seno de su producción y funcionamiento, en el marco de una cultura determinada. La conducta humana es entonces acción simbólica y las estructuras de significación que componen la cultura son socialmente establecidas.

De esta manera, se justifica la elección de los discursos de los trabajadores como material empírico para interpretar los hechos sociales. Además, permite pensar que la cultura es mediadora de la comunicación en sus distintos niveles, es decir, es responsable de los significados compartidos pero también de aquellos que no lo son, y que por lo tanto generan prácticas comunicacionales diferentes. A su vez, sin ese bagaje común de significados no es posible pensar la constitución de las representaciones sociales.

Es necesario seguir considerando la importancia de la interpretación de los discursos de los sujetos para reconstruir su cultura laboral, a través de sus experiencias previas y la intersección con el contexto sociohistórico. Así, las narraciones de los trabajadores adquieren consistencia propia.

Por lo tanto, en nuestro análisis nos centraremos en representaciones sociales que serán aprehendidas a través de los discursos de los sujetos, los que son siempre a su vez

sociales, colectivos. Para ello proponemos un enfoque cualitativo, a través de observaciones y entrevistas semi-estructuradas a los trabajadores, haciendo especial hincapié en la interpretación y construcción de significados.

Nuevas prácticas, nuevos sentidos, ¿nuevas subjetividades?

La emergencia del fenómeno de las empresas recuperadas en Argentina se ubica a fines de la década del '90, acentuándose en 2001, periodo en el cual irrumpe la crisis de un patrón de acumulación basado en el capital financiero y los servicios. Dicho patrón había desplazado progresivamente, en las décadas anteriores, a la industria manufacturera, generando un proceso de cierres y quiebras de numerosas industrias (Fajn y Rebón, 2004). Si bien las empresas recuperadas en los '90 cuentan con antecedentes de tomas de fábricas y autogestión en la historia argentina, el movimiento que surgió en esa década y bajo esa coyuntura particular cuenta con características singulares que permite ubicarlas en el tiempo como un fenómeno específico (Magnani, 2003).

Las empresas que son objeto de investigación en este trabajo han recibido diversas denominaciones: autogestionadas, usurpadas, recuperadas, tomadas, ocupadas, reconvertidas, de gestión obrera. Cada denominación trae consigo determinadas significaciones que ponen de relieve algunos aspectos del proceso dejando por fuera tantos otros.

Respecto de la diferenciación entre fábrica y empresa, la noción de fábrica se refiere específicamente a la producción industrial o de manufacturas mientras que empresa incluye también aquellas que brindan servicios. Por su parte los calificativos de ocupadas, usurpadas o tomadas se refieren en general al primer momento del proceso de autogestión, pero no en todos los casos hubo ocupación y hoy, una década después de los inicios de este fenómeno el momento de la toma de la fábrica ha sido superado. En lo que refiere a recuperadas (o reconvertidas) ha sido también objeto de debates en tanto que se considera que, tras ese proceso, no es la empresa original lo que se recupera sino el trabajo y la producción, creándose en realidad una nueva empresa con características muy disímiles a la originaria. En cuanto a la autogestión, si bien es una característica central de estas empresas y su lógica de funcionamiento, la palabra por sí sola no da cuenta de todo el proceso de lucha inicial que atravesaron los trabajadores, ya que muchas empresas funcionan autogestionadas desde sus inicios y no son necesariamente

“recuperadas” (Badenes, 2005). En lo que refiere a este trabajo, optamos preferentemente por las nociones de recuperación y autogestión. Si bien no hay una sola palabra que pueda significar toda la complejidad que encierra el fenómeno, consideramos que son los dos pilares del proceso: el momento inicial de lucha y de transformación de la empresa en quiebra y la autogestión de los trabajadores como nueva lógica de funcionamiento y relacionamiento. Por otra parte, son los términos en los que suelen referirse los entrevistados. También se refieren a “cooperativa” en los casos en que corresponde, término que refiere a una figura legal concreta.

La mayoría de los autores coinciden en afirmar que el factor movilizador primario para la recuperación de empresas fue la necesidad material (Badenes, 2005). Pero también es posible analizarlo a la luz del malestar social de la época en el que se suprimen las formas institucionales deslegitimadas, de modo que la recuperación de empresas implica también una crisis moral e identitaria, una suerte de crítica-práctica a ese orden en crisis (Rebón y Salgado, 2007).

La toma de las fábricas implica el cuestionamiento de los sentidos hegemónicos antes naturalizados, es decir, una reestructuración del sentido (Fajn, 2003). Implica una reconstrucción del espacio organizacional a través de la democratización de saberes, el cuestionamiento de la vinculación tradicional de empresa y la emergencia de nuevos vínculos interpersonales más féreos. Estas nuevas prácticas interpelan las relaciones sociales, políticas y económicas establecidas tanto en el modelo puramente mercantilista como en la matriz de la sociedad salarial.

A partir de allí surgen diversos interrogantes acerca de los sentidos que los sujetos construyen sobre sus propias prácticas, que contradicen una cultura laboral sumamente arraigada: nos preguntamos entonces por la transformación de las representaciones sociales y también por sus permanencias.

Las representaciones sociales son “imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que sucede (...), categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos” (Jodelet, 1986: 472). Existen tres elementos esenciales que resaltan la dimensión comunicacional de las representaciones sociales: el carácter productor del conocimiento cotidiano (no meramente reproductor), la naturaleza social de ese conocimiento, generado en procesos de comunicación, y “la importancia del lenguaje y de la comunicación como mecanismos en los que se transmite y crea realidad, por una

parte, y como marco en el que la realidad adquiere sentido” (Pettracci y Kornblit, 2004: 91).

La hipótesis del núcleo central de las representaciones sociales, formulada por Abricque, sostiene que en una representación social se conjugan elementos heterogéneos diferenciados en un núcleo central y elementos periféricos. Esta hipótesis permitiría explicar la permanencia de las representaciones y su flexibilidad al mismo tiempo. Los pocos elementos que conforman el núcleo central le otorgan su estabilidad, siendo estos innegociables para el colectivo que los sostiene, están ligados a la historia y la memoria colectiva. Por su parte, los elementos periféricos le otorgan movilidad a las representaciones permitiendo que se adapten al contexto y la integración con experiencias individuales y disímiles (Pettracci y Kornblit, 2004:94).

La representación social es elaborada colectivamente e incide directamente sobre el comportamiento social y la organización de los grupos. Constituye así una forma de conocimiento social, allí se interceptan lo psicológico y lo social, se trata de un conocimiento práctico y socialmente elaborado que se orienta hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social.

Consideramos que la hipótesis del núcleo central puede resultar efectiva para comprender, en parte, el funcionamiento de las representaciones sociales en los grupos de trabajadores abordados en la presente investigación, dado que permite explicar las variaciones que en ellas se producen como así también las permanencias.

El trabajo y sus representaciones: la recuperación del trabajo

El último siglo comprendió una implicación más intensa, más íntima y más indiferenciada de la vida y el trabajo (Grassi y Danani, 2009). Esto se explica, en parte, porque en el sistema de organización capitalista, el trabajo como actividad productiva y el trabajo como actividad socialmente mediadora, están más bien mutuamente determinados, de un modo tal que da lugar a una dinámica dialéctica inmanente (Postone, 2006: 241). Por lo tanto, el trabajo constituye en el capitalismo el principio organizador de la vida social (Aguilar, 2009: 185).

Las relaciones de trabajo en la sociedad industrial se han cristalizado bajo tres formas diferentes, que suponen también tres modalidades de las relaciones del mundo del trabajo con la sociedad global: condición proletaria, condición obrera y condición salarial (Castel, 2006). Nos centraremos en la condición salarial, en la que el estatuto del

salariado constituye el soporte de la identidad social y la integración comunitaria, lo cual resulta relevante para entender y analizar las representaciones sobre el trabajo que hoy producen los trabajadores de empresas recuperadas. Esa representación del salariado como soporte identitario, su posterior quiebre, la incidencia que ha tenido en los procesos de lucha de recuperación de empresas, e incluso la incidencia de esas significaciones, ancladas en experiencias previas en la acción concreta, son elementos que han guiado nuestra hipótesis y serán materia de indagación.

La condición proletaria, como situación de cuasi exclusión del cuerpo social, se diferencia de una nueva relación salarial en el siglo XX. A través de ésta el salario deja de ser la retribución puntual de una tarea, y pasa a asegurar derechos, dar acceso a prestaciones fuera del trabajo (enfermedades, accidentes, jubilación) y permitir una participación ampliada en la vida social: consumo, vivienda, educación, e incluso actividades de ocio.

La generalización de la sociedad salarial determina la definición identitaria de los salariables, “la escala social tiene un número creciente de niveles a los cuales los asalariados ligan sus identidades, subrayando la diferencia con el escalón inferior y aspirando al estrato superior” (Castel, 2006: 327).

Lo antedicho permite analizar el derrumbe de la condición salarial. La cuestión de la exclusión es un efecto de ese derrumbe “porque el salariado ha llegado a estructurar nuestra formación social casi totalmente” (Castel, 2006: 389). Precisamente cuando la identidad parecía conformarse en torno a la condición salarial en detrimento de los otros sostenes de la identidad (como la pertenencia familiar o la inscripción en una comunidad concreta), la centralidad del trabajo fue brutalmente cuestionada. Esta situación tuvo como característica “la reaparición del perfil de los trabajadores sin trabajo” (Castel, 2006: 390).

Podemos asociar este proceso con la implementación de políticas neoliberales en Argentina, contexto en que nace el proceso de recuperación de empresas, y por lo tanto asociar la lucha de los trabajadores a un momento de crisis de las representaciones sobre el trabajo ligadas a la sociedad salarial.

Podemos afirmar que en lo que respecta al contexto de emergencia de las recuperaciones, las representaciones sobre el panorama son homogéneas: “no había opciones”. Todos los trabajadores entrevistados hasta el momento reconocen la autogestión como la única opción posible en la coyuntura en que la empresa donde trabajaban quebró o cerró, y no como una “elección” entre otras. Un trabajador textil

reconoce: “lo que me motivó prácticamente, al ver que no había nada, no había trabajo en ningún lado, estaba esa posibilidad. (...) En ese momento capaz que si yo hubiese conseguido un laburo efectivo me iba, pero no había tampoco”. Por su parte José, trabajador gráfico de oficio, expresa: “En ese momento o te ibas a un Movimiento de Trabajadores Desocupados o te jugabas a algo, y a nosotros se nos ocurrió esto”.

Así, “la crisis” arrasó con una cierta representación del progreso: la creencia en que el mañana sería mejor que hoy y en que se puede confiar en el futuro para mejorar la propia condición. Las percepciones sobre el futuro se encuentran asociadas a una fuerte incertidumbre, a no poder planificar, el desempleo aparece como un fantasma que proyecta constantemente su sombra (Pla, 2012: 261).

Algunas de las características de este proceso de quiebre de la sociedad salarial son por ejemplo la desaparición del contrato de trabajo por tiempo indeterminado, la precarización del trabajo, que permite comprender los procesos que nutren la vulnerabilidad social y, en última instancia, generan desempleo y desafiliación. Estas cuestiones ya no se plantean como problemáticas coyunturales, sino que son consecuencia de los nuevos modos de estructuración del empleo. “Quizá se podrían sintetizar estas transformaciones recientes diciendo que (...) se ha perdido la identidad por el trabajo. En la sociedad industrial, sobre todo para las clases populares, el trabajo funciona como gran integrador” (Castel, 2006: 417).

En la sociedad salarial el estatuto del empleo constituía la base de la ciudadanía y aseguraba una serie de derechos-protecciones. Empleo, consumo y seguridad social son tres elementos, que hacen del futuro un potencial planificable (Pla, 2012: 265). En este sentido Juan, trabajador de una empresa textil recuperada afirma: “cuando yo laburaba en esa época no había obra social. Ellos decían que teníamos obra social, pero vos tenés que tener todos los meses recibo de sueldo para ir a la obra social”. Con la crisis de esa matriz social, aparecen situaciones “grises”. “La estructura del empleo, no es ya un soporte suficientemente estable para asociarle derechos y protecciones permanentes. Se ha pasado de un régimen estable a un régimen transicional” (Castel, 2004: 102).

La mayoría de las personas “viven de su trabajo”, al tiempo que el trabajo actúa como organizador de la vida en su conjunto, de manera que aquellas dimensiones de la vida que se distinguen del trabajo se encuentran fuertemente constreñidas por las posibilidades y condiciones de éste. Tal es el caso de los estudios entre los trabajadores entrevistados, el mundo de la educación formal aparece casi como un opuesto al mundo del trabajo. Ellos expresan no haber podido estudiar o finalizar sus estudios debido a la

necesidad de trabajar, aunque muchos de ellos se han formado en la práctica en oficios relacionados con su tarea productiva. Aparece entonces entre los entrevistados una ponderación de la calificación académica, como aquello que no poseen pero desean para sus hijos como sinónimo de un futuro más próspero. Germán señala: “cuando era pibe tenía que ir a trabajar, yo no quiero que mis hijos pasen eso, yo quiero que estudien, yo les digo: ustedes tienen que estudiar porque ustedes ahora tienen la posibilidad”. Incluso Esteban, trabajador de una empresa de transportes que pertenecía a una multinacional, cuenta que ante la inminente quiebra de la empresa los trabajadores decidieron en asamblea que “pase lo que pase nosotros tenemos que hacer la oferta de que somos compañeros con 20 años de experiencia con determinado nivel de estudios, todos con primaria completa, tantos con secundario y tantos con terciario, ofrecernos como mano de obra calificada”. De manera que los estudios formales aparecen en las representaciones de los trabajadores como garantía ante la adversidad.

Por otro lado, muchos de los entrevistados han migrado de otras provincias o de países limítrofes a Buenos Aires en búsqueda o con promesas de trabajo. De manera que en esta dimensión se constata también la presencia del trabajo como ordenador de la vida. En numerosos casos las fuentes laborales aparecen ligadas a la familia y gran parte de los entrevistados tienen familiares (padres, hijos o hermanos) trabajando en la misma empresa, o consiguieron el trabajo gracias a ellos.

Por otra parte, en el ámbito de las representaciones sociales, “no poder mantenerse (incluyendo a la familia) y/o progresar por el trabajo es fuente de descrédito e indignidad” (Grassi y Danani, 2009: 117). Los trabajadores realizan referencias constantes a la necesidad de mantener sus fuentes de trabajo en tanto que deben sostener a sus familias, en la mayoría de los casos las referencias son a los hijos, tanto en hombres como en mujeres. La dignidad y el progreso aparecen como construcciones semánticas en sus discursos que resumirían estas representaciones.

El reconocimiento del trabajo como “medio para vivir” y no como fuente de satisfacciones, no impide que éste ocupe un lugar central en las vidas de los trabajadores, construyendo y delimitando su trayectoria y expectativas (Cabrera, 2009). Esto se relaciona con la persistencia de ese imaginario vinculado a la sociedad salarial que no logra erosionarse del todo, independientemente de la experiencia de los propios individuos. Además, ese imaginario, constituido por representaciones sociales, tiene potencialidades que cambian según las estructuras que limitan esas percepciones (Pla,

2012:267). Se trata de la flexibilidad de las representaciones para adaptarse sin modificar su núcleo.

De las nuevas condiciones de trabajo descritas a partir del derrumbe de la sociedad salarial, emerge una nueva incertidumbre y unos lazos mucho más frágiles con las instituciones que a su vez parecen perder densidad (Grassi y Danani, 2009). Esta situación pone al individuo en un umbral de imprevisiones, en una invalidación de las pretensiones sobre el futuro, se traduce entonces en una sensación de incertidumbre (Pla, 2012: 261). Pero nuestra atención está puesta en el proceso en que esa situación se torna esencialmente colectiva, y se plasma además en acciones colectivas y en las representaciones comunes, que permiten a los sujetos hacer inteligibles las experiencias que atraviesan y actuar sobre ellas.

El ser humano necesita dotar de sentido las prácticas cotidianas, y lo hace desde la cultura construida de la ética del trabajo, característica del apogeo de la sociedad salarial. La sociedad salarial supuso pensar al trabajador como actor homogéneo, portador de la identidad obrera y a su vez con esta identidad se correspondía, en términos de acción colectiva, un repertorio clásico de protesta social. La crisis del modelo de acumulación que dio por tierra con la sociedad salarial desplazó del centro de la escena a la figura del trabajador estable y protegido. Este pasaje trajo una crisis de las representaciones sociales asociadas al trabajo que implicó una ruptura en los mecanismos de construcción identitaria (García Allegrone, Partenio, y Fernández Álvarez, 2004).

Aparece en el discurso de los trabajadores la necesidad de un “trabajo estable”, “trabajo fijo”, aparece como la situación deseable y buscada, que la recuperación de las empresas habría permitido. La mayoría menciona trayectorias relacionadas con las “changas” o experiencias fabriles informales. Juan afirma: “donde me tomaban, me tomaban con la promesa que si no faltaba, si cumplía, que esto, que lo otro, me tomaban efectivo, y nunca me tomaban efectivo”.

Los entrevistados mencionan reiteradamente la edad como condición que impedía encontrar otro trabajo y que por lo tanto obligó a pensar otra opción que no fuese la de insertarse en una empresa o trabajo formal tradicional. Tal es el caso de José, un trabajador gráfico que expresa: “Éramos todos relativamente cincuentones los cuatro o cinco que quedábamos, conseguir laburo en esa época, formal, era imposible”.

Entonces esas representaciones del trabajo estable, efectivo, fijo, formal, parecen buscar ciertas condiciones del mercado laboral que ya no existen, sino que han desaparecido

junto a la sociedad salarial, para dar lugar al trabajo flexibilizado de la era neoliberal. Esa búsqueda choca con realidades que los propios sujetos perciben: la edad, los requisitos de estudios formales... Pero esa representación permanece en el colectivo de los trabajadores y con la recuperación de las empresas sienten que la han re-encontrado. En este sentido Germán expresa: “Lo que pasa que acá es como mi segunda casa, yo entré a los 18 años, ahora tengo 35, yo ya como que estoy acá”. Nos encontramos así con “viejas” representaciones sociales que vuelven a tomar cuerpo en el seno del conflictivo proceso de recuperación de empresas.

Los cambios macro-sociales y las representaciones

El esquema macroeconómico de la década del '90 resultó sumamente nocivo para la creación de empleo y de hecho los índices de desocupación y subocupación crecieron sin precedentes (Campos *et al.*, 2009). Luego del estallido de la crisis de 2001 se abrió paso a un conjunto de políticas de intervención estatal orientadas a recuperar los equilibrios macroeconómicos básicos. El resultado fue una recuperación económica, un incremento de la demanda agregada de empleo y una mejora de los indicadores sociales en general (Pla, 2012). Entre los años 2003 y 2010 el empleo crece de manera constante, aunque con intensidades variadas. Algunos de los trabajadores entrevistados al comparar los inicios del 2000 con la actualidad reconocen diferencias en el contexto. Germán expresa: “no estaba como ahora, ahora se quejan, pero antes estaba peor la cosa, antes estaba mucho peor”.

No obstante, pese a los cambios operados en la política y la economía respecto del modelo neoliberal, en el plano simbólico, no ocurre necesariamente lo mismo. Los esquemas y las representaciones mediante las que los individuos articulan lo macro-social con la vida común, la normalidad y las subjetividades son atravesadas por la crisis de legitimidad del modelo pero no necesariamente se resquebrajan y mutan de igual manera (Pla, 2012). Por otra parte, los sentidos en torno al empleo y la protección social no dejan de ser terreno de disputas constantes, “en el capitalismo los ordenamientos e imágenes que se conforman en estas luchas encuentran en el Estado un agente y una arena al mismo tiempo, lo que hace que la lucha por el sentido sea simultáneamente una lucha por el Estado” (Danani y Hintze, 2011: 19).

Los cambios y permanencias que afectan a las representaciones sociales en relación con los cambios históricos del contexto son objeto de indagación del presente trabajo. El

trabajador de una empresa recuperada sigue siendo ocupado pero ya no es asalariado. Entran en crisis entonces las definiciones clásicas del status de trabajador (Badenes, 2005).

De esta manera, es posible analizar los cambios en el mundo laboral mediante el estudio de las estrategias de supervivencia de los trabajadores de empresas recuperadas, lo que implica una reconfiguración de lazos en el trabajo y en la participación en el mercado. Para ello es posible combinar variables estructurales con elementos subjetivos, es decir las interpretaciones que los agentes realizan de esas estructuras. La premisa fundamental es que la realidad es dual: material y simbólica. Los trabajadores hacen referencia a las mejores condiciones de trabajo existentes en el pasado, un pasado en el que desarrollaban estrategias colectivas en busca de movilidad social ascendente. Era el tiempo en que el trabajo asalariado les permitía sentirse reconocidos positivamente. Con la crisis neoliberal comienza un proceso de movilidad descendente y con rumbo incierto. Se produce un resquebrajamiento en su construcción identitaria. Los trabajadores se encuentran con “trabajos basura de brevísima duración, extrema movilidad laboral, despidos por ajustes, el desapego y la cooperación superficial son nuevas y mejores habilidades que el comportamiento basado en los valores de servicio y lealtad (...). Los lazos sociales se van haciendo más laxos” (Saavedra, Fernández Maldonado, Herrán, y Quartulli, 2007: 271-294).

Los protagonistas de las ocupaciones intentan reafirmarse en tanto “trabajadores”, cuyo reclamo por la defensa de derechos sociales y laborales continúa presente.

De esta manera, las rupturas que el fin de la sociedad salarial genera en las representaciones de los trabajadores permiten analizar las formas de protesta y organización obrera.

Diferentes representaciones y percepciones orientan el accionar de los trabajadores que recuperan una empresa. La aproximación a las trayectorias individuales permite empezar a descifrar esa interconexión entre representaciones y prácticas en relación a un contexto más amplio, ya que “las trayectorias laborales constituyen la forma a partir de la cual se representan los fenómenos de movilidad sociolaboral a través del tiempo” (Saavedra *et al.*, 2007: 271-294).

En el proceso de recuperación de empresas, por otro lado, se produce una ruptura con el trabajo parcelado, jerarquizado y estructurado de la gestión empresarial, ya que los trabajadores se ven obligados a aprender las tareas de aquellos mejor calificados, que se van porque cuentan con otras oportunidades, y de los empresarios/ gerentes. De esta

manera podemos distinguir entre un viejo modelo de trabajador (sociedad asalariada, contratos de tiempo ilimitado) y un nuevo modelo de trabajador (el trabajador autogestivo, multitareas, lógicas democráticas de decisión y gestión). La subjetividad de los trabajadores de empresas recuperadas oscila entre ambos modelos (Saavedra *et al.*, 2007: 271-294).

La participación en una acción colectiva que culminó con la autogestión de las empresas modifica o le imprime determinada orientación a las visiones y expectativas respecto del mundo del trabajo que sustentan los trabajadores que formaron parte de esas experiencias.

El sentido unificador del trabajo se presenta como un elemento clave como recurso para la acción política, la legítima protesta. “Tener trabajo” aparece como la fórmula legítima para ganarse la vida y el respeto de los otros, en relación con las premisas de la sociedad salarial, pero también cuando ésta ha desaparecido (Grassi y Danani, 2009: 124). El “trabajo digno” se ha constituido como uno de los valores más preciados en la sociedad argentina y por ello la recuperación de las fábricas aparece como la defensa no sólo de las condiciones de vida sino de una forma particular de su realización, lo que además era vivido por muchos como la necesidad de “recuperar un país” (Rebón, 2004). De allí las tensiones que interpelan a la identidad de los sujetos, y de las que las empresas recuperadas presentan un caso particular.

Los matices y tensiones del fenómeno

El impulso inicial para la acción colectiva de la recuperación de las empresas fue la necesidad de supervivencia frente al cuadro que ofrecía el contexto socio-económico. Es decir, no se trató (al menos de forma predominante) de una idea emancipadora, sino que estuvo promovido por la necesidad de preservar aquellos vínculos y modos de trabajo que eran conocidos para los trabajadores (Pizzi y Brunet, 2012).

Aparece así la idea de una dialéctica entre lo intencionado y lo no intencionado, entre la necesidad inicial de sortear la crisis y mantener los puestos de trabajo y el nuevo rol colectivo que los trabajadores de las empresas auto-gestionadas adquieren más allá de lo que inicialmente pretendían (Fajn, 2003). De esta manera se generan las condiciones para una crítica práctica, aunque no intencionada, o no deseada, al orden socio-productivo. Se lucha por la autonomización necesaria en el campo de la producción para reproducir la identidad social del trabajador estable y evitar su destrucción, “deberán

dejar de ser asalariados para preservar su condición de trabajadores” (Rebón y Salgado, 2007). En este sentido, el carácter de la relación laboral admite ser sacrificado para mantener la identidad social.

Asimismo podemos identificar en las entrevistas realizadas diferencias entre aquellos trabajadores con experiencias de militancia política, tanto dentro como fuera de sus empresas de los que no contaban con ellas. Y también entre aquellos que ya contaban con métodos de organización asamblearia previos a la institución de la autogestión de quienes debieron “aprender” a auto-organizarse. Aparecen en los discursos de los primeros conceptos del campo político o académico que no aparecen en otros casos, palabras tales como: fetiche, explotación, patronal, sistema capitalista, solidaridad/conciencia de clase. Podemos identificar entonces una primera tensión entre las representaciones de aquellos trabajadores para quienes la recuperación de las empresas simbolizan el cambio de su condición de explotación de aquellos que buscan recuperar su condición de trabajador “digno” ligado a la construcción simbólica que dio sustento a la sociedad salarial.

La recuperación de fábricas es una estrategia defensiva y marginal en términos de la estructura productiva, siendo la lógica de subsistencia la que domina, con un alto nivel de instrumentalidad (el dilema expresado en la dicotomía “tomar la fábrica” o “quedarse en la calle”). Tampoco las prácticas democráticas al interior de las empresas están exentas de la formación de nuevas relaciones de poder. No obstante, ello no impugna las novedosas prácticas y formas de organización que instauran nuevas definiciones del “trabajador”. Se puede diferenciar así un viejo modelo de trabajador de la sociedad asalariada de un nuevo modelo de trabajador autogestivo que lleva a cabo lógicas democráticas de decisión (Saavedra *et al.*, 2007: 271-294).

Consideramos que estas perspectivas y el análisis de estas tensiones son necesarias para abordar el fenómeno en su complejidad, sin caer en posturas maniqueas que lo consideren completamente transformador de las relaciones sociales ni absolutamente reproductor de las relaciones tradicionales de producción.

El proceso de recuperación de empresas ha generado resignificación y reestructuración de sentidos, ya sea para construir nuevos como para adaptar “viejos” esquemas a nuevas situaciones. Así, las prácticas que los trabajadores desarrollan en este marco contribuyen a generar nuevas relaciones, económicas, y en sentido más amplio, sociales. La pregunta que sostenemos es cómo esas nuevas prácticas, específicamente las comunicacionales, modifican las representaciones sociales sobre el trabajo en el

contexto actual, tanto de lo micro (la empresa que ya lleva una década funcionando cooperativamente) como de lo macro (un mercado laboral y un marco socio-económico que se ha ido modificando en ese lapso temporal).

Adherimos a la concepción de la fábrica como territorio de disputa, pero también sostenemos que la cultura, y las representaciones que la conforman, es esencialmente arena de lucha simbólica. Entonces, intentaremos desentrañar las relaciones entre esos procesos de lucha concretos, de resistencia en las fábricas, ante una coyuntura particular del país, y otros procesos, de naturaleza simbólica, que no siguen una lógica temporal secuencial, y como hemos visto, conjugan elementos antiguos y otros novedosos. Ante esas preguntas, empleamos la teoría del núcleo de las representaciones sociales para encontrar desde allí un marco explicativo que nos permita entender esa realidad compleja, dinámica y que entreteje elementos de diversa naturaleza.

Las redes de cooperación y el colectivo de trabajadores son el actor principal de este proceso, porque el proceso de recuperación es eminentemente colectivo, pero además porque las representaciones que estudiamos son precisamente sociales. La comunicación se encuentra en la base de toda construcción colectiva, de la cooperación, la solidaridad y también de los conflictos, en la producción y reproducción de esas representaciones.

Diversos artículos indagan el papel que cumple el trabajo, no sólo para la existencia material, sino fundamentalmente en el plano simbólico de la vida de los sujetos, como pilar de la vida social. Así, hacen referencia a los diferentes procesos en que el trabajo en su concepción tradicional se ha visto cuestionado y ha requerido la construcción de nuevos significados. También este es un eje central para nuestro trabajo: nuestros interrogantes nos han permitido relacionarlo con las representaciones sociales y la dimensión comunicacional de las mismas. Hacemos hincapié en la forma en que esas construcciones, que tienen su origen en procesos históricos mucho más amplios, se ponen en juego en los discursos cotidianos de los trabajadores.

En este marco, la teoría del núcleo de las representaciones nos permite pensar estas tensiones, concibiendo las representaciones como un elemento complejo, ni absolutamente homogéneo y estático, ni completamente fluctuante. De manera que su constitución es coherente con su función, le permite mantener las referencias comunes al grupo, y para cada sujeto, sin poner en riesgo a cada momento la cohesión y la comunicación común, pero con la flexibilización necesaria para permitir la apropiación por parte de cada sujeto y grupo particular.

Reflexiones finales

Este escrito pretende continuar reflexionando en torno al trabajo como base de la socialidad, como ordenador de la vida, que con el quiebre neoliberal se ha visto cuestionado y en ese marco situamos la continuidad de la ética del trabajo de la sociedad salarial en las representaciones de los trabajadores argentinos hoy. Es por ello que indagamos qué ocurre hoy con esas representaciones, diez años después de la eclosión de los fenómenos de recuperación de empresas, cuando el mercado laboral también ha sufrido cambios, en algunos casos revirtiendo o transformando los procesos que llevaron a la crisis de fines de los '90.

A partir de lo trabajado por otros autores en el plano de la subjetividad de los trabajadores de empresas recuperadas y a través del material recolectado, intentamos acercarnos a esa tensión que se produce en la dimensión de las representaciones sociales que permiten a los sujetos colectivos aprehender la realidad y actuar sobre ella. Sin dudas estos fenómenos han instituido formas de organización novedosas y disruptivas respecto de la empresa tradicional. Pero por otro lado nos preguntamos si no contiene en sus cimientos el intento de sostener ese núcleo de representaciones de la sociedad salarial, de manera que también implica resistencia al cambio. Nos preguntamos en qué medida este proceso es capaz de generar nuevas subjetividades. Paradójicamente, en el auge de la crisis de una forma del sistema capitalista como forma de reproducción social en nuestro país, estos sujetos encuentran en nuevas formas de protesta y organización la manera de abrirse camino a través de esa otra crisis que se producía en el campo de las representaciones, en la que no podían encontrar el imperativo del “trabajo estable y digno” en el contexto socio-económico. Nos permitimos hipotetizar que la recuperación de empresas ha permitido en el plano de la lucha simbólica recuperar para sus trabajadores el núcleo de la representación del trabajo de la sociedad salarial, volviendo posible ese horizonte de trabajo estable, “de por vida”, digno, que permita el sostén familiar al tiempo que reencuentran allí “la cara humana” de la empresa, que parecía perdida.

Las representaciones sociales anteriores y el intento por aferrarse a ellas, dan así nacimiento a nuevos procesos y nuevas respuestas ante la crisis, material y simbólica, de forma que lo reaccionario o lo revolucionario en el campo del conflicto social ya no

resultan categorías que nos permitan comprender el mundo y debemos buscar nuevas formas de leer la complejidad del cambio social.

Bibliografía

- Aguilar P. (2009) “Inseguridad e imprevisibilidad: cuando no se puede parar de trabajar”, en Grassi, E. y Danani, C. *El mundo del trabajo y los caminos de la vida*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Badenes, D. (2005) Comunicación e identidad de fábricas recuperadas autogestionadas. La Plata: UNLP.
- Cabrera, C. (2009) “Empleo y seguridad: la experiencia de trabajar en negro”, en Grassi, E. y Danani, C. *El mundo del trabajo y los caminos de la vida*. Espacio Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Campos, Luis et al (2009). “La situación de los trabajadores en Argentina frente a la crisis económica actual”, Documento de Trabajo N11, Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino – CENDA, Buenos Aires.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social ¿qué es estar protegido?* Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Castel, R. (2006). La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires: Paidós.
- Fajn, G. (coord.) (2003). *Fábricas y empresas recuperadas: Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- Fajn, G. y Rebón, J. (2005) El taller ¿sin cronómetro? Apuntes acerca de las empresas recuperadas. *Revista Herramienta*, 28. Recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-28/el-taller-sin-cronometro-apuntes-acerca-de-las-empresas-recuperadas>
- Ford, A. (2002). Comunicación. En C. Altamirano (Dir.). *Términos críticos de la sociología de la cultural*. Buenos Aires: Paidós.
- García Allegrone, V. Partenio, F. y Fernández Álvarez, M. I. (2004) “Los procesos de recuperación de fábricas: una mirada retrospectiva” En: Battistini, O. (comp.) *El trabajo frente al espejo*. (pp. 329.343) Buenos Aires: Prometeo.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Grassi, E. y Danani C. (2009). *El mundo del trabajo y los caminos de la vida*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

- Jodelet, D. (1986) “La representación social: fenómenos, concepto y teoría” en Moscovici, S. (comp.). *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Magnani, E. (2003). *El cambio silencioso: empresas y fábricas recuperadas por los trabajadores en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Petracci, M. y Kornblit, A. (2004). “Representaciones Sociales: una teoría metodológicamente pluralista” en Kornblit, A. *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Pizzi, A. y Brunet, I. (2012) Acción colectiva, autogestión y economía social en el caso de las empresas recuperadas en Argentina. *Revista de Estudios Sociales* 42. 57-70
- Pla, J. (2012) *Trayectorias Intergeneracionales de clase y marcos de certidumbre social* (Tesis no publicada). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Postone, M. (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons.
- Rebón, J. (2004) *Una empresa de trabajadores. Apuntes acerca de los determinantes de las empresas recuperadas*. Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires- CONICET. Recuperado en [Http://www.iisg.nl/labouragain/documents/rebon.pdf](http://www.iisg.nl/labouragain/documents/rebon.pdf)
- Rebòn, J. y Salgado, R. (2007) *Transformaciones emergentes del proceso de recuperación de empresas por sus trabajadores*. En *Trabajo, Empleo, Calificaciones Profesionales, Relaciones de Trabajo e Identidades Laborales*, CLACSO, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de http://www.iisg.nl/labouragain/documents/rebon_salgado.pdf
- Saavedra, L., Fernández Maldonado, E. Herrán, R. y Quartulli, D. (2007) “Empresas recuperadas: Condiciones de existencia materiales y simbólicas de sus trabajadores y tendencias posibles” en Salvia, A. y Chávez Molina, E. (comps.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. (pp. 271-294) Buenos Aires: Miño y Dávila.